

Reflexiones teóricas sobre la fiesta



Juan María Parent Jacquemin

as reflexiones que siguen surgieron inicialmente (y desde hace mucho tiempo) por el interés en la vivencia cultural (liturgia, en lenguaje religioso o cristiano) y la experiencia comunitaria de Lanza del Vasto y del Arca en Francia, donde se pretende volver a vivir las más profundas experiencias humanas; la fiesta es una de ellas.

En fechas recientes, estuve en contacto con un trabajo del doctor Jacinto, del Colegio de Michoacán en México, que compara la fiesta desde el ángulo cultural de Japón y la fiesta mexicana. Me referiré a varios de los planteamientos hechos por el doctor Jacinto, pero me alejaré de él porque mi punto de vista es diferente. En efecto, abordo la fiesta desde la perspectiva de la explicación y no desde la perspectiva de la descripción, que me parece insuficiente para el objetivo que persigo. Debo admitir que comparto los puntos de vista descriptivos de la fiesta en nuestro medio y los asumo como base para la reflexión. La manera en que el doctor Jacinto aproxima nuestra fiesta con esta misma manifestación cultural en Japón enriquece su visión y nos ilumina. Extraeré algunos de los aportes de su investigación. "La palabra fiesta, matsuri, viene del verbo matsurou, 'estar al lado', acompañar. [...] Estar junto con, es participar junto con los dioses. Es el ritual de recibir y acompañar a los huéspedes excelsos, estar con ellos un tiempo". Indudablemente que esta dimensión se encuentra en todas las fiestas que merecen este nombre y del estar junto a o el estar juntos, que también puede leerse en el discurso festivo; observamos consecuencias apreciables.

Después de esta revisión y el contacto con el pensamiento y la acción del Arca de Shantidas me aboqué a reflexionar por mi parte sobre este fenómeno social. Ante mis ojos se presenta la fiesta popular del pueblo que me recibe y en el que resido los fines de semana. Cada segundo domingo de agosto la ranchería de Coamilpa de Juárez festeja al Santo Salvador. Los pueblos vecinos se acercan a gozar del ambiente y compartir el mole tradicional. De esta experiencia obtengo algunos datos referidos en lo que sigue.

De la fiesta nacen la filosofía y la ciencia, afirmaba un editorial del boletín del Arca de Lanza del Vasto.² El autor se explicaba al describir el proceso de organización de la fiesta. Tratemos de reconstruir el camino.

La filosofía nace de la reflexión que hacemos los seres humanos en torno a nosotros mismos: ¿De dónde venimos y adónde vamos? Preguntas que obtienen respuesta en el diálogo con el otro antes que ser o simultáneamente con una reflexión interior. Por esta razón, la fiesta, que es el estar juntos entre nosotros así como estar junto a los dioses, favorece este encuentro. En efecto, nos conocemos en este encuentro con el otro y también en la apertura hacia el absoluto.

Juan María Parent Jacquemin. Doctor en Filosofía (UIA). Autor de, entre otros títulos, *Defender los derechos humanos y Antología de fenomenología*. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel 1. Actualmente es Director del Centro de Estudios de la Universidad.

La fiesta, por consiguiente, se encontró en el origen del pensamiento. Las tareas diarias son el material que se recoge en la reflexión, y los tiempos y los lugares de la fiesta favorecen la elaboración o la estructuración del pensamiento.

Otro autor que habla de la fiesta mexicana, el antropólogo Velázquez,³ me mostró otras dimensiones aprovechables para el fin propuesto. También sus aportaciones enriquecen el estudio del sentido humano o filosófico de la fiesta. El primer dato que pretende calificar lo visto hasta ahora o más bien enmarcarlo: es lo religioso.

Tocamos así, desde el inicio, dos de las características fundamentales de la fiesta: el encuentro, la reunión y lo religioso que en nuestro contexto se dan imbricadas la una en la otra. Lo religioso se vive en comunidad.

"La fiesta era un tiempo fuera del trabajo cotidiano, tiempo de alegría y de liberación". Este punto deberá verse más adelante por las connotaciones que implica, porque el mismo Jacinto apunta que "antiguamente la separación entre la vida diaria y lo religioso no era muy grande". Se compenetraban una y otra. Apuntaré más bien que no había diferencia entre una y otra. La vida marcada por la dimensión religiosa, esencial a la cultura y a la significación de nuestros quehaceres, se desenvolvía dentro de las referencias religiosas.

Al final del trabajo del doctor Jacinto leemos varias preguntas que, como él mismo dice, son demasiado empíricas para ser ellas mismas el origen de una teoría de la fiesta; sin embargo, son un punto de apoyo para ello y tal vez me acerque algo a este objetivo en busca del sentido o de la significación de la fiesta. Anotaré algunas: ¿quién hace la fiesta?, ¿para qué se hace?, ¿qué contenido tiene?, ¿qué deben hacer las personas que participan en ella?, ¿dónde hacerla?

Considero con los fenomenólogos que la cultura es la suma de todas las significaciones dadas por los hombres en comunidad en torno a sus actividades o a los objetos que son de su uso. Para que la fiesta siga siendo un dato cultural deberá, a su vez, guardar o renovar sus significaciones. Por esta razón creo que las preguntas inmediatamente prácticas son de utilidad en cuanto guían la búsqueda de sentido.

"La fiesta a carácter religioso se constituye y se funda sobre la base de una cierta ritualidad que traduce u organiza la cotidianidad de una comunidad y no sólo como ejercicio y producción de tiempo libre". A ¿Acaso podríamos imaginar una fiesta que no tuviera carácter religioso? Nuestro mundo tecnificado y materializado ni siquiera se formula la pregunta.

El carnaval, que es objeto de estudio de este congreso, se relaciona directamente con la cuaresma; es el último momento de desorden o de orgía o de simple recreación, antes de ponerse el cilicio y cubrirse la cabeza con cenizas. Ante la afirmación del carácter religioso de la fiesta que es, por cierto, propia de muchos observadores de la fiesta, nos preguntamos si el hombre actual es todavía capaz de celebrar la fiesta así concebida en un mundo secularizado. Más aún, ¿en este mundo puede hablarse de fiesta en el sentido que emana aquí?

Definamos la fiesta con Van Gennep: "se construye por el conjunto de toda una serie de hechos a carácter ceremonial o ritual colectivos caracterizados o por la periodicidad (temporalidad) el tiempo calendarizado o por los contenidos culturales o por ambas cosas".5

La fiesta no se celebra en cualquier lugar ni en cualquier tiempo: es un elemento esencial de la cultura de una comunidad dada. La cultura se conforma y da sentido a la comunidad. Dice el doctor Jacinto: "el culto es gobierno" y, más adelante, "el tercer elemento era la demarcación del lugar de la fiesta". Sigamos esta pista.

La fiesta es una actividad humana. Para determinar el tiempo y el lugar es necesario que los hombres se consulten entre sí y se pongan de acuerdo. Oímos decir también: "El cuarto elemento es la organización de las gentes. Uno de los elementos básicos en la estructura de la fiesta es un grupo humano identificable, es decir, una comunidad estructurada". La fiesta relaciona a los individuos y pone en movimiento a todo el cuerpo social con un claro sustrato religioso, por lo que formulábamos la pregunta inicial. Sin este sostén de la religión, ¿la fiesta es factible? ¿Tiene algún sentido?

También deben consultarse los astros porque no todos los tiempos del año son propicios para que la fiesta sea un éxito. Así empieza la ciencia de la naturaleza: la observación de las estaciones y la creación de los calendarios. El calendario por esta razón no es un objeto secundario sino que tiene una historia milenaria, porque permitió ordenar las fiestas y llevar a cabo la reunión de los pueblos. Es además, de nuevo, un dato religioso. Porque, leemos al doctor Jacinto: "El primero de los grandes elementos distintivos de la fiesta es la hora,



la estación o el periodo del año, o el cambio de época, en que se tiene la fiesta". Para esto el hombre habrá hecho un trabajo previo: el de leer los astros. Es el resultado de miles de observaciones asumidas culturalmente por las civilizacionescon una finalidad práctica, amén de ser un principio de la poesía que aporta elementos para la dimensión estética de la fiesta. Nos percatamos, así, de que se ha dado una proyección de la contemplación científica y poética de los astros a la belleza de la fiesta. Su estética es la encarnación de esta otra estética.

Así nació la astronomía. Cada vez se hacía necesario precisar más las fechas de las fiestas porque se multiplicaban y el universo no se mueve con un ritmo igual al de nuestra biología. El cruce de las informaciones y los desajustes entre nuestra organización y el mundo de los astros implicó ampliar los conocimientos hasta nuestros días que, desgraciadamente, ya poco tienen que ver con la estética de la vida.

Así nos organizamos socialmente. El hombre tiene necesidad de marcar hitos en su vida y también de estar en comunión con los demás, más allá del simple agrupamiento pragmático. Hay que determinar los momentos claves en el año: la estaciones, por supuesto, pero también los solsticios y los equinoccios y las fechas intermedias. Cada una de estas fechas abre una época; la fiesta llama las gracias que se requieren para que este tiempo sea fructífero. Son los tiempos de la siembra, los tiempos de la cosecha; el tiempo de empezar una guerra o el tiempo de casarse.

Cito de nuevo a Velázquez:6"La fiesta [...] parece que traduce, destaca y subraya aún aspectos específicos de la vida socio-cultural, por ejemplo: las etapas de la agricultura-estacional". Este autor se quedó corto en su interpretación, como lo observamos en la reflexión que surge de las prácticas del Arca. Mucho más que un traducir o subrayar, la fiesta ES la determinación de los tiempos. No podemos equivocarnos y por eso seguimos las indicaciones de las estrellas que, en la seguridad de su permanencia aparente, son garantes de una acción igualmente segura.

La apertura de un ciclo debe darse de manera digna, equitativa, justa y saludable. Solamente la fiesta puede reunir estas cualidades. Por eso es oportuno hablar de la dignidad de la fiesta y de su oportunidad, y cuidar de que tales virtudes se den efectivamente.

Es necesario conocer el movimiento del sol, del que dependen las estaciones, los vientos, las lluvias. En un tiempo esta ciencia se llamaba mitología. Es el discurso creado a partir del conocimiento de las fuerzas de la naturaleza, que fue considerada como el mundo de los dioses. Causa y efecto propios de nuestra visión científica o filosófica se llamaban entonces padre e hijo.

También de estas mitologías salen la filosofía y la poesía. La poesía narra primeramente la historia de los dioses así como de los héroes humanos que se transforman en dioses, grandes y pequeños. Pero no todo se agota en la mera descripción.

Surgen preguntas ante estas historias: ¿quiénes somos? ¿De dónde venimos y adón-

de vamos? ¿Oué hacemos? Podemos tomar de nuevo la frase bíblica: ¿quiénes somos que nos hiciste un poco menos que los dioses? Y luego la muerte tan contradictoria, el problema angustiante de la muerte. Hay que celebrar este acontecimiento porque es imposible que todo se acabe. Si somos dioses de alguna forma, debemos seguir viviendo, y se celebra la supervivencia y, en México, hay fiesta (en el sentido amplio de la palabra) en torno a la muerte. La muerte es un cambio de estado, es el regreso a la vida: éstas son las metafísicas y las religiones que surgen de la celebración. Metafísica del más allá, del camino para el que se da la comida a los muertos. Así se ve que la fiesta no es ruptura de la cotidianidad en el sentido de que asuma la vida de la sociedad de un modo simbólico, ciertamente, pero también de manera constructiva.

Estos pensamientos celebrados en la fiesta o surgidos de la fiesta ocupan la mente de los individuos, de los hombres, pero también de los pueblos. Entonces los pueblos se organizan en tribus: la familia ampliada. Tal organización no es sencilla. Hay que prever en quiénes recae la autoridad. Hay luchas, hay matrimonios. Hay problemas de sucesión. Para que las familias-tribus puedan mantenerse, se requiere de la unidad. Y cuando no tienen la misma sangre, la misma lengua, si no tienen la misma historia, se requiere de una amalgama que se da solamente gracias a la presencia activa de un espíritu: este espíritu se hace presente en la fiesta. La fiesta como consagración de la unión o, a veces, como anticipación de una unión más perfecta que se logrará mañana pero que se vive incoativamente hoy. Gozamos ya en el símbolo de esta unidad anhelada.

Una comunidad humana se crea, se aglutina, se mantiene cuando festeja. Trabajar es esencial, pero sin la fiesta la convivencia se hace pesada. Por consiguiente, habrá que aprender a bailar y a cantar. Trabajar juntos une, ciertamente, pero festejar juntos une mucho más profundamente. La fiesta es el tiempo ideal para estar juntos, para la comunión. Es un tiempo de reunión que, para guardar las características del evento, se codifica en forma de rito: música y baile son parte de este gesto cultural. Por eso los que festejan no pueden ser alquilados. Los mismos que trabajan, festejan. La fiesta no es, primeramente, espectáculo sino vivencia. Empezamos así a dar el salto hacía las celebraciones actuales, para las que formularemos algunas exigencias de autenticidad.

Faltar a la fiesta es uno de los crímenes más grandes. Uno de los padres de la Iglesia afirmaba que las mujeres no podían casarse con un pagano porque, decía, éste le impediría participar en la fiesta de la Pascua. La referencia a la fiesta es razón suficiente para cambiar muchas decisiones. La participación en la gran reunión, ágape eucarístico de la Pascua, determina la elección del cónyuge. Si podemos celebrar juntos, podremos vivir juntos en mayor felicidad y, por lo pronto, de manera estable.

El domingo, que es día de fiesta, debe ser atendido como tal. La prohibición del trabajo en domingo tiene como una de sus razones la obligación de participar en la fiesta. No puede haber excusas para no tomar parte en la fiesta porque en ella se representa y se conmemora. Y aquí abro un paréntesis a propósito de lo que observó el doctor Jacinto. Cito: "la tecnología fotográfico-electrónica y las técnicas de proyección interactiva dan origen a una nueva forma de la fiesta al permitir nuevos tipos de ilusiones colectivas; la fiesta pueblerina tradicional todavía sigue muy de cerca el ciclo de la naturaleza, mientras que la fiesta citadina es provocativa, excitante, y es una exhibición que está apartada de lo natural". Calificaría la segunda más bien de orgía, aun cuando sea solamente visual o auditiva, y nos quedamos con las fiestas pueblerina o familiar que guardan las características que las hacen realmente constitutivas de la comunidad.



Representar es hacer presente de nuevo o anticipar. En la fiesta se anticipa, simbólicamente, el futuro de la comunidad como conjunto vivo y de los hombres individualmente considerados. "La fiesta es una manera metafórica de vivir nuestra existencia cotidiana". 7 Magnífica expresión del prologuista del libro de Velázquez. La fiesta como metáfora y también, lo apuntamos antes, como las arras del porvenir. Hacer presente lo que nos espera si vivimos de acuerdo con los cánones de nuestra comunidad. Es necesario estar de vez en cuando confrontados con el porvenir para no olvidar su existencia y ensayar las reglas del juego de esta otra vida hacia la que tendemos, vida de relación amorosa que se adelanta en los gestos, los cantos, las palabras festivas. También podemos decir: "Es necesario llevar los resultados y logros de la fiesta a la vida diaria, hacer de su realización la ocasión para dinamizar y cambiar la sociedad, crear pueblos y ciudades más habitables [...] hacer resurgir la comunidad".

Esta nueva sociedad o sociedad renovada en la fiesta no puede ser sólo económica, como nuestro sistema y nuestra escala de valores nos impulsan a pensar. ¡Cuánto mercantilismo en nuestras fiestas! (Mi pueblo, Coamilpa de Juárez, se ha transformado en un tianguis que todo lo abarca dejando un lugar mínimo para los danzantes, que también se han quedado en calidad de espectáculo). No apruebo esta última referencia que degrada, de manera inmisericorde, el sentido genuino de la fiesta que todos los pueblos han instaurado antes de nuestros tristes problemas económicos. Y aquí apuntaría la diferencia existente entre el mercado (que tiene algo de festivo) como intercambio de bienes y la fiesta que es gratuita. En nuestro medio se confunden frecuentemente los dos acontecimientos sociales y culturales porque se aprovechan mutuamente el uno del otro. Los campesinos (indígenas, antes) aportaban sus productos al tianguis y se celebraban los contratos de intercambio (trueque). Hoy, esta práctica ha desaparecido en muchos lugares y sólo se instalan vendedores ambulantes que negocian objetos de plástico traídos de las ciudades.

La fiesta es la conmemoración de nuestra fundación. Es el recuerdo (memoria) de nuestra razón de ser como personas, pero también como grupo, la razón de ser de este estar juntos. M.A. Sobrino³ también afirma que la fiesta es tiempo de libertad, tiempo de gratuidad y tiempo de renacimiento social. Libertad porque en la fiesta tomamos conciencia por la vivencia de lo que es realmente importante para nosotros. La unidad que sostiene la fiesta nos abre a su dimensión religiosa. La unidad es Dios y Dios es el punto de partida de nuestro ser, así como el punto de llegada de nuestra familia, de nuestra comunidad. Ser uno es Ser simplemente. Lo que está disperso no sobrevive, se hace polvo y desaparece. Sólo la unidad nos mantiene y la fiesta nos acerca y confirma esta unidad.

Preparar la fiesta es la ocasión de este rencuentro con los otros. Se olvidan los rencores, las ofensas y las preocupaciones del futuro. En la fiesta también se piensa, se reflexiona sobre los grandes problemas de nuestro ser. Jacinto dice: "El segundo elemento es el periodo de preparación que buscaba llegar a un estado de purificación". La preparación incluye tiempos de vigilia, de penitencia, los baños de purificación en algunos grupos. "[La fiesta] comienza con el rechazo de las cosas del mundo".

A la hora de la fiesta desaparece el yo individual. Para ello nos vestimos de un modo que muestre nuestro entusiasmo. Los vestidos de fiesta están hechos de ornamentos, de máscaras, de plumas, de telas que indican la luz que habita en nosotros y se comunica a los miembros de la comunidad así transformada. Todos participan porque todos quieren convertirse en nuevos miembros activos de la unidad: ¡Fuera el folclor espectáculo! La fiesta debe recobrar su sentido de participación y de compromiso alegre con la comunidad que nos sostiene y nos hace crecer.

A veces solamente algunos cambian su aspecto exterior porque ellos son los escogidos para dirigir la celebración, pero todos están llamados a la celebración y, de algún modo, se transforman para estar acordes con las demandas interiores de la celebración.

Al unirnos provocamos la chispa de la vida, de esta unión salimos de la muerte que acecha permanentemente a los hombres.Δ

Notas

- 1 Agustín Jacinto, "La estructura de la fiesta", en XVIII Coloquio de Antropologíae Historia Regionales, 27p.
- 2 "La fête", Nouvelles de l'Arche, oct. 1973, N° 1, año XXII, pp.1-5.
- 3 E.A. Velázquez Mejla, La fiesta: espacio, manifestación y comunicación de cotidianidad histórica, Toluca, UAEM, 1996, 170 pp.
- 4 Ibidem, p. 23.
- 5 Van Gennep, Manual de Folklore Français Contemporain, Paris, Picard, 1937-1938, citado por Velázquez, Op. cit., p. 47.
- 6 Idem
- 7 M.A. Sobrino, en Velázquez, Op. cit., p. 13.
- 8 Idem.
